

## **La inevitable muerte de la Sirenita**

Toño Malpica

Hace algunos meses, surgió la necesidad de que mi esposa y yo nos asesoráramos en la educación de Bruno, nuestro hijo. Esto obedeció, principalmente, a que al poco tiempo de su segundo cumpleaños, se le ocurrió al nene que en realidad era un descendiente de la casa de los Borbón erróneamente abandonado por la cigüeña en nuestra casa y que, por consecuencia lógica, nosotros, otrora sus padres, pasábamos ahora a ser sus lacayos. En otras palabras, que el que daba las órdenes ahora era él y a nosotros no nos quedaba más que obedecer o marchar a la guillotina. (Bueh... en realidad nunca dijo tal cosa, ni siquiera con sus balbuceos de bebé, pero con su actitud lo dejó bastante claro).

Así que, después de recurrir a un montón de libros y sitios web, todos del corte de: *cómo educar un niño de dos años y no morir (o matarlo) en el intento*, acabé yendo a un seminario de escuela para padres con la firme intención de que me revelaran la fórmula secreta de lo que tiene que hacer un progenitor para que, una tarde de gritos intrafamiliares, no acabe apagando la tele y diciendo "ahorita vengo, voy por cigarros", cuando en realidad se va a cazar leones por siete años a Kenia.

No soy pedagogo ni pretendo serlo. Y los más de mis libros, si tienen alguna "enseñanza", no pretenden corregir el mal comportamiento en los chamacos. En realidad este episodio de mi vida se resolvió gracias un acuerdo con Bruno que creo que tiene muy poco que ver con la disciplina inteligente pero sí mucho con los métodos de persuasión más eficaces desde la Gestapo: "Cómete tus verduras o no volverás a ver a tus amigos Woody y Buzz".

Pero me he referido a dicha anécdota porque, en esta plática de escuela para padres a la que asistí, el expositor inició su charla con la revelación de un dato por demás asombroso. En un auditorio de unas 300 gentes, pidió que levantáramos la mano aquellos que viniéramos de una familia de 4 o más hermanos. Por mi madre que se levantaron como 250 manos. Luego, hizo la siguiente pregunta: ¿y cuántos de aquí tienen 4 o más hijos? Y otra vez por mi madre (es una forma de hablar, claro, pero ya que estamos en esto, la señora aportó al mundo 5 Malpicas), que si se levantaron más de 10 brazos fueron muchos. Todo esto con la única intención del expositor de demostrar que el mundo cambia y que (cito): "los niños de hoy necesitan padres de hoy".

Una frase contundente y que me hizo pensar en muchas, muchas variaciones. Los niños de hoy necesitan escuelas de hoy. Juguetes de hoy. Comida de hoy. Y, por supuesto, mi favorita: los niños de hoy necesitan libros de hoy. Historias de hoy.

Porque... claro, los niños, a lo largo de los siglos, han cambiado y no podemos seguirles dando lo mismo de siempre, no podemos seguirles hablando de duendes y princesas, so pena de que se les llenen las cabezas de monárquicas ínfulas malignas y pongan a sus padres a barrer y a trapear el castillo que con tantos trabajos rentan en la colonia Escandón.

Ajá pero... ¿qué tan cierto es esto? ¿Es verdad que los niños de ahora son muy distintos a los de hace dos siglos, tres, diez?

Cuestión un poco más filosa y filosófica, por decir lo menos, que la de los padres con esteroides con la que abrí esta reflexión.

Decía el historiador francés Philippe Ariès que la infancia es un invento de la modernidad. Así, sin más. Y al escuchar tan pomposa frase, se antoja pensar entonces que antes de la llamada era moderna, los que hoy identificamos como niños en realidad venían al mundo fumando un puro, leyendo la sección deportiva del periódico y quejándose de lo mal pagados que están los trabajos.

No es a eso a lo que se refiere el historiador, claro, sino a la relación de la sociedad con los chamacos, pero da en qué pensar. Porque estrictamente un niño no es sino un recién llegado a la tierra, un congénere que trae el disco duro apenas recién formateado y al que, si somos muy estrictos, le dará lo mismo abrir los ojos por primera vez y toparse con un doctor escuchando a Lady Gaga en su ipod que a una partera de dientes cariados hablando en inglés medio; lo mismo nacer en el Ángeles que en un establo; lo mismo que sus padres sean dos orgullosos fenicios con una flota de veinte barcos que dos darkettos enamorados con una colección inmensa de archivos emepetrés.

Por mucho que nos cause decepción esta verdad, no hay nada en el ADN que se transmita de generación en generación y que nos haga suponer que, si un niño de estos tiempos naciera en la Roma Clásica, se sacaría tanto de onda que terminaría por decir a su padre, en su fiesta de cinco años: "Todo está muy bien, querido Casio, pero aclárame una duda... ¿el caballito es Hasbro o Mattel?"

O viceversa. Un niño de los tiempos idos, un niño de los años en que Nerón se calentaba las sandalias con piras de veinte millas, que naciera en estos tiempos, tampoco se echaría a llorar al ver la magia negra que emana de una computadora o de un horno de microondas.

No es cierto que "vengan con chip", como nos gusta alardear a los padres, nada más porque nuestros hijos son hackers de vocación y le entienden mejor que nosotros al facebook o a la forma de conectar el DVD con la tele.

O sea, para no aturdir... los niños son niños. Lo han sido y lo seguirán siendo hasta el fin de los tiempos (o hasta el 2012, lo que llegue primero). Lo que cambia es, diría aquel historiador francés, nuestra forma de relacionarnos con ellos. Y esto, nos guste o no, implica todas las formas de comunicación con su mundo inaccesible. Los libros, por ejemplo.

Esto es lo que ha variado y seguirá variando conforme avancen los siglos. No que aquellos niños que se sentaron en las rodillas de Esopo a escuchar cómo una tortuga empeñosa le ganó la carrera a una liebre confiada, fuesen menos listos, pícaros, traviosos o "abusados" que los actuales. Pero no había más. Y que dos animalitos, cigarra u hormiga, león o ratón, cuervo o zorra, entablaran un diálogo campechano y juguetón era lo máximo en shows mediáticos que podía ocurrir en esos tiempos. O así lo quiero creer. "La rana que quiso ser buey" pudo ser el Harry Potter 7 del siglo 6 A.C., para ser más claros.

Y así nos la hemos llevado.

No que los niños cambien. Sino nuestra forma de acercarnos a ellos, de relatarles una historia o hasta de mecerlos en la cuna, hablándoles del coco o la señora Santa Ana. (Para el caso, como diría un director de orquesta amigo mío: si de todos modos nos vamos a equivocar, hagámoslo con autoridad).

Porque, ya quisiera yo poder llevar a uno de mis editores cierta historia que anda circulando por ahí desde hace casi un par de siglos y que relato muy brevemente: Una niña pobre, muy pobre (que en verano anda descalza y en invierno usa unos horribles e impresentables zuecos) llamada Karen, es milagrosamente adoptada por una viuda. Los problemas empiezan cuando la viuda le compra unos zapatos a la nena y, puesto que la santa señora estaba ciega, no vio que los zapatos eran rojos, un monstruoso signo de vanidad (todo el mundo lo sabe) en estos y cualesquiera tiempos. Así, la pequeña Karen sucumbe al horrible vicio de la soberbia y, el día de un esperado baile, prefiere ponerse sus zapatos y acudir a la pachanga que atender a su madre enferma de muerte. La pequeña baila y baila hasta que se da cuenta de que no son sus pies los que comandan a los zapatos sino al revés. Y baila y baila y baila por días y semanas, por caminos, aldeas y cementerios, hasta que la viuda muere y la nena debe expiar su pecado: va con el verdugo del pueblo y éste le corta los pies, único modo de detener su frenesí. Karen, tullida, arrepentida, mortificada, pobre otra vez, ahora empleada de criada sin prestaciones laborales, no encuentra consuelo sino hasta que el ángel vengador (con todo y espada flamígera, claro) se la lleva arrebatada al cielo.

Una historia infantil de lo más linda, con revanchas divinas, mutilaciones espantosas y moralejas con cierto regusto de fanatismo religioso. La verdad, quiero ver al guapo que la defienda ante algún comité editorial. "Mire que así las niñas lo pensarán mejor cuando abusen del maquillaje o prefieran el reventón a la misa".

¿Y qué decir de otras historias que andan también por ahí dando la vuelta? Aquella del niño que asesina con su propia daga. O la del par de niños cuyo mayor sueño es formar una banda de asaltabancos. Y cito:

*-¿No te acuerdas cuando mataste al capitán Garfío y nos salvaste la vida? -preguntó Wendy, estupefacta.*

*-En cuanto los mato me olvido de ellos -dijo Peter como quitándole importancia.*

Ahora habla un tal Tom Sawyer, al momento de describir el rito de iniciación a su banda de forajidos:

*Es jurar que nos defenderemos unos a otros y no decir nunca los secretos de la banda aunque lo corten a uno en tajadas, y matar a cualquiera y a toda su familia que haga daño a alguno de nosotros.*

A ver si tales sentencias caben en la serie blanca de una colección. Ya quiero ver a la mesa de padres de familia iniciando la revolución porque sus angelitos han leído tamaños crímenes en la clase de Español. Claro, los mismos angelitos a los que no les tiembla la mano al empuñar un arma en el Xbox o el PlayStation para acabar con soldados o zombies.

Y sí, tal vez hay demasiadas muertes en los cuentos de Andersen. Y acaso muchas de ellas sean bastante más tristes que las que ocurren en la nota roja de cualquier diario capitalino, pero tienen algo a su favor. Como lo mismo las docenas de piratas con los que acabó Peter Pan. O el espantoso final del Caperucita Roja original, donde el lobo no le respeta ni la capucha a la protagonista.

Todos estos cuentos legendarios tienen a su favor un arma secreta que les permite esta permanencia en el tiempo. Un algo que les ha impedido ser proscritos por las buenas costumbres, pese a todos los esfuerzos de Disney por cambiar finales y edulcorar personajes.

Y ese algo es aquello con lo que conviven los niños todos los días. Los niños de ayer, de hoy y de siempre, aunque suene a comercial de música instrumental.

La fantasía.

Se puede matar a una docena de piratas en un libro o a un ciento de zombies en una pantalla de televisión porque en realidad esto... y me sobrecoge lo claro que les queda a los niños en todo momento... esto no está ocurriendo. No ocurrió. Ni ocurrirá.

"Y este guerrero audaz de tres abriles ... no logra en sus campañas infantiles, manchar con sangre y lágrimas su acero", decía Juan de Dios Peza al respecto de más o menos lo mismo.

Es el juego el que genera la fantasía. Y los niños de hoy y del medievo son idénticos en ese sentido. A jugar no se aprende; es un instinto básico con el que el niño abre los canales de relación y comprensión del mundo. Sin esto no hay infancia. Y sin infancia no hay fantasía. Afortunadamente, es una etapa por la que todos tenemos que pasar, así que la fantasía no es un patrimonio exclusivo de nadie y, a la vez, lo es de todos.

Lo que sí parece estar pasando es que cae en el olvido. Me refiero a la capacidad de entender y convivir con la fantasía.

Mi hijo Bruno, pese a las ínfulas de las que ya hablé y por las cuales sólo está esperando ser ungido rey de algún país lejano, juega mucho. Mucho. Lo ha hecho desde que pudo sostener una sonaja hasta ahora... que es capaz de sostener una espada (de palo, por supuesto). Tiene casi tres años y juega a los espadazos con su padre. ¿Condicionado? ¿Aprendido? Puede ser. Tal vez debí ponerle menos veces Peter Pan y más Ratatouille. El caso es que, cuando juega conmigo, a veces muere él. Y a veces muero yo. Y ambos agonizamos con una sonrisa en la cara. ¿Lo estaré preparando para que, cuando sea grande, tome una pistola y se meta al metro Balderas a balacear cristianos? Me atrevo a pensar que no. Que los niños distinguen perfecto la diferencia. Y saltan de un lado de la raya al otro con una alegría que, si recuperáramos más los adultos, dejaríamos de estar tan pendientes del cielo en busca de ovnis o de la forma que adquieren ciertas manchas de humedad en la pared para gritar "¡Milagro!" y correr a ponerle veladoras.

Por eso está bien que la sirenita se muera. Y la niña de los fósforos. Y el Gigante egoísta. Y el príncipe feliz. Porque, aunque da una tristeza infinita, los niños comprenden -no sé cómo lo hacen, no sé cómo lo hice yo- que esto pasa en los libros, en las películas, en los videojuegos... y no en la realidad. Y a otra cosa. Cambio de canal. ¿Qué hay para la cena, mamá?

No que por esto no causen pesadillas ciertas historias de miedo, o profunda reflexión ciertas historias de gran sensibilidad humana... pero de eso a que se prefiera la sobreprotectora censura, como que no. O no siempre. A mí me daban mucho miedo la pequeña un ojo y la pequeña tres ojos, Humpty Dumpty y hasta el medio pollito... ya ni

hablar de la duquesa fea y otros peores espantos, pero de eso a que creciera traumatado o paranoico, pues no, nunca pasó. No sé cómo le hice. No sé cómo lo siguen haciendo los chavos.

Y no que no sigan pasándose a nuestra cama después de haber visto una película muy fea. O después de haber oído un cuento de miedo en voz de alguno de sus primos los grandes. No que no lloren con el final del Principito. Pero eso no obsta para que, bien platicados los cuentos, bien apapachados los niños, no encuentren estas historias su lugar en el vasto terreno de la imaginación infantil. Y a otra cosa. ¿Y qué hay de postre, mamá?

Por eso están bien -todavía- Twain, Wilde, Lagerloff, Andersen y demás compadres. Y por eso están bien -también- Rowling, Gaiman, Funke, Horowitz y demás compadres. (Y no que me justifique con esto, pero qué remedio si me tocó despachar de este lado): Las historias de hoy son los cuentos de hadas de mañana. Y aunque no existe un manual infalible para saber qué contar y sobre qué canones, lo seguimos haciendo. Equivocándonos, seguramente. Atinándole también. Pero siempre, siempre consultando a ese niño que llevamos dentro y que nos sugiere, la mayoría de las veces que nos animamos a publicar algo, que sí, que no hay problema, que está bien si Gus muere al principio de la novela. Que está bien si la víbora pica al principito. Que está bien si el ruiseñor sucumbe a la rosa. Que está bien. Los niños aguantamos.

Por eso vale la pena revisitar a todos aquellos que, en su momento, se preocuparon tanto por levantar esos puentes que hoy parecen tan naturales pero que, recordemos, no existían antes de "la era moderna". Esos tiempos en que los niños, a pesar de ser tan niños como los que ahora conocemos, tenían que trabajar desde chicos o, de perdida, ganarle la batalla a la poliomielitis. Aquellos tiempos en que no había LIJ ni cajitas felices ni Día del Niño ni UNICEF ni...

En fin, la lista es larga.

Y aunque es verdad que yo prefiero el Traje Nuevo del Emperador a Las Zapatillas Rojas, vale la pena el viaje. Al menos para que en unos años, en unos siglos, otros miren por encima del hombro y se topen, a su vez, con nuestras historias.

Porque aun en ese entonces, estoy seguro, no faltará quien critique a ese brujo de Potter o a esa desaseada de Momo, cuando en realidad los que antes tendrían que levantar la mano, deberían ser los niños. Siglo XXI ó XXXI. A ellos tocaría decir si el supuesto chip con el que vienen programados ya no les permite disfrutar ciertas historias. Estoy seguro de que muy difícilmente desecharán al Patito por Feo o al Soldadito de Plomo por tener capacidades especiales.